

DE BUENAS LETRAS
FERNANDO DE VILLENA

De la Academia de Buenas Letras de Granada

El Secadero

Bubión no es solo uno de los pueblos más bonitos de España, sino también, a pesar de sus reducidas dimensiones, un enclave cultural de primer orden. Así lo valoraron los escritores Miguel Ruiz del Castillo, Rafael Gómez Montero, Miguel Carras-cosa, José García Ladrón de Guevara, Rafael Guillén, Enrique Morón, Eduardo Castro, César Girón o Gregorio Morales, que pasó allí los últimos veranos de su vida.

Pero a la salida de Bubión hacia Capileira existe un lugar extraordinario donde el tiempo parece haber detenido su carrera. Condu-

ce hasta el mismo un corto sendero que tiene a la izquierda el impresionante barranco del Poqueira y a la derecha unos huertos de cerezos y manzanos. Y pronto llegamos al Secadero, un caserón blanco y alegre presidido por un gran nogal y con una terraza cubierta por la parra y unas tapias tras las que asoman su gesto grave dos cipreses.

Allí, Carlos Barte, motrileño de nacimiento, pero firme admirador de la Alpujarra, tras largos años de agitada existencia como marino mercante que lo llevaron a decenas y decenas de países y le dieron sabiduría y habilidad en el trato humano, decidió montar como negocio un secadero de jamones y convertirlo a su vez en la más pintoresca taberna de la zona.

En la empresa lo acompaña su amigo Juan, un joven inteligente, de muy sutil humor y una vocación montañera que le hace cada año recorrer un tramo del Camino de Santiago.

La cordialidad y la amena charla de ambos convierte en amigos a casi todos los clien-

tes que vamos allí a ver el crepúsculo sobre las montañas de la Contraviesa y a saborear el exquisito jamón que preparan y cortan con auténtico mimo, regado siempre con vino costa o con cervezas.

Pero aquel sitio privilegiado, además, se convierte cada noche en el escenario de una interesantísima tertulia de espíritus libres como el aire de aquel gran valle: allí se habla de historia, de literatura, de viajes y de todo lo humano y lo divino. Allí, Javier, Andrea, Silvia, Ángel, Rosi, Borja, Clara, Maite, Nacho, Cristina, Brown, Teresa y yo —expresamos nuestras opiniones o referimos nuestras experiencias— hasta que llega la hora de la despedida y nuestro anfitrión, Carlos, saca su trompeta y nos dice adiós con un toque de silencio. Y bajamos del Secadero con el palio de las estrellas sobre nuestras cabezas y con la orgía sonora de los grillos a nuestro alrededor meditando en cuanto se ha dicho y con el deseo ya de regresar la tarde siguiente.